

¡Empresarios, alerta!

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ESTAMOS ante un Gobierno formado por conocidos católicos, y existe un mundo empresarial en el Estado español, que, sumando convicciones, es, sin duda, mayoritariamente católico.

¿Qué mejor cosa entonces que recordar el pensamiento expuesto por la Iglesia en este siglo acerca del sistema económico-social, que hoy se predica por activa y pasiva como el mejor a la hora de redactar nuestra Constitución y de estrenar nuevo Gobierno?

Los líderes empresariales —los de la gran patronal llamada CEOE— se basan en unos principios de ordenación económico-social que se resumen en las fórmulas "libertad de mercado", "libertad económica" y "economía de mercado".

Estas expresiones, que hoy parecen novedad en España, son, sin embargo, muy antiguas —tienen casi dos siglos de existencia— y han sido superadas por la fuerza de los hechos en todos los países del desarrollo. Ahora se habla más bien de "economía social de mercado", basándose en las soluciones del fautor del milagro alemán, el ministro Erhard, o en la "economía del bienestar" y "economía del bienestar social" del neoliberalismo europeo, como es el preconizado inteligentemente por el profesor Röpke.

Los dos principios esgrimidos —y aplicados inicialmente con gran éxito material— por Ludwig Erhard en la Alemania Federal de la posguerra mundial fueron éstos: 1.º "prosperidad para todos", y 2.º "prosperidad mediante la competencia", de tal modo que "una de las más importantes tareas de un Estado que se mantiene sobre un orden social de tipo liberal es el garantizar el mantenimiento de la competencia libre". Lo que no se puede permitir es que "el individuo en particular reclame para sí privilegio alguno" y esto mismo "ha de negarse a grupos enteros". Ni privilegios individuales ni privilegios para los pequeños grupos de poder.

Pero no nos engañemos. No es éste el resultado final de la economía libre que vivió Europa, a pesar de ser rectificadora por Erhard en un sentido más productivo sacando —un poco engañosamente— de este mayor producto un beneficio más social, más global.

El profesor A. G. Papandreou nos ha desengañado definitivamente de estos aparentes arreglos al decirnos que "la economía capitalista de hoy día no es en realidad una economía de mercado". ¿Por qué? "porque la competencia es imperfecta en los actuales sistemas capitalistas", ya que "existe sólo un número reducido de empresas dominantes".

Quisimos arreglarlo todo en Europa

por medio de la libertad, pero en el ejercicio de una aparente libertad económica, el pez grande se comió al chico. Y después de intentar racionalizar moderadamente sus propósitos estableciendo algunos correctivos sociales, llegamos hoy a la conclusión de que "el proceso económico se ha hecho irracional en lo más profundo de sí mismo", como sigue afirmando Papandreou.

En el capitalismo que vive el mundo avanzado de hoy la realidad es que "los principales jugadores... son miembros de la coalición de intereses creados que configuran el 'establishment', un 'establishment' dominado por la élite empresarial", continúa diciendo este profesor de Economía.

Este es el panorama del mundo occidental, el resumen que hacen hoy los imparciales analizadores del sistema. Pero lo más curioso es que esto lo dijo ya el Papa Pío XI en forma clara y tajante, de modo que sus palabras sonaron entonces duramente en muchos oídos católicos. Y quizá por eso mismo estos católicos dejaron en el cajón del olvido, arrinconadas, aquellas expresiones que hoy nadie recuerda en nuestro país a la hora de dirigirse a aquellos empresarios medios y pequeños que componen el 99,8 por 100 de nuestras empresas, y que van a ser con seguridad los primeros engañados por estos "slogans" de libertad sólo verbal que hoy se predica.

El anhelo por conseguir una "democracia de los consumidores", como propugna el neoliberal Röpke, fracasará si no somos bastante cautos, porque aquel Papa nos avisó hace cuarenta y siete años de lo que iba a pasar, y hoy volvemos los españoles nuestra vista encandilada hacia tal meta, sin saber que puede ser una meta engañada de bellas palabras, pero en realidad envuelta de intereses minoritarios. No propugnan algunos líderes una libertad democrática, sino sólo se hace una petición de palabra —como demostró el Papa en 1931— para, en el río revuelto de la primera sensación de libertad, llevarse unos pocos la mayor parte del beneficio.

Lo que se ha producido en la sociedad capitalista es, según Pío XI, "una descomunal y tiránica prepotencia económica en manos de unos pocos". ¿Cómo? Predicando "la competencia como ley suprema de la economía", que conduce a dos resultados negativos para los más: 1.º nacionalmente, los menos "se apoderan de las finanzas y señorean sobre el crédito", y 2.º internacionalmente, "las naciones emplean su fuerza y su política para promover... el imperialismo económico". Así se llega a una situación en la que "la prepotencia ha suplantado al mercado libre".

Esto es lo que deben meditar los em-

presarios españoles para no ser engañados por bellas frases en las que se mezcla abundantemente la palabra "libertad". Hemos de planear a corto plazo una estrategia inteligente que consiga que la libertad comience a ser un hecho real, y no la encubridora de intereses de minorías. Hemos de procurar, usando nuestra cabeza, conseguir el comienzo del "bienestar de las masas", como pedía Röpke. Y solamente con una inteligente reflexión podemos empezar a salir del laberinto atractivo en que se nos quiere meter para no poder luego salir ya de él.

Seamos, pues, conscientes de los engaños que acechan a nuestra libertad real, reflexionando sobre las palabras del Papa y denunciando esos peligros públicamente, y así venceremos en una primera etapa transformadora, consiguiendo que haya una amplia y mayoritaria conciencia social. Si no queremos caer en la trampa, recordemos que los enemigos de la libertad son tres, según el Papa actual: 1.º "Las especulaciones egoístas", 2.º "la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y 3.º "el deseo de tener cada vez más".

Hemos por eso de propugnar en esta fase previa ciertamente una libertad de mercado, pero no sólo la engañosa que dominó a Europa. Una libertad real que dé igualdad de oportunidades a todos, alcanzándola por el camino de la presión estatal o social, pero no para ventaja de los menos, sino "en pro de los pequeños contra los poderosos". Ese debe ser nuestro lema: acción social y acción estatal en pro de los no privilegiados. Así es como vendrá una inicial libertad, la que pide a gritos nuestra sociedad en todos los planos (económico, social y político).

Lo que no puede ser es que caigamos ciegamente en la fácil demagogia de las frases bonitas en boca de la derecha egoísta. Hemos de hacer algo estructurando los caminos prácticos para que la libertad predicada para todos no sea una nueva ficción que nos convierta dentro de poco en unos españoles frustrados sin ilusión ni esperanza.

Y después de alcanzado este mínimo de libertad real para todos, que cada uno, democráticamente, defienda con sus razones y sus votos aquella solución a largo plazo que mejor le parezca: la social-demócrata, la socialista o la comunista. Sólo así construiremos el camino del futuro, con una propuesta mínima a corto plazo que sea real, y con la lucha democrática a largo plazo a la verdadera solución social. ■